



BIBLIOTECA
DE AUTORES
MEXICANOS

29



PQ7297
.B3
A19
c.1



E. C.



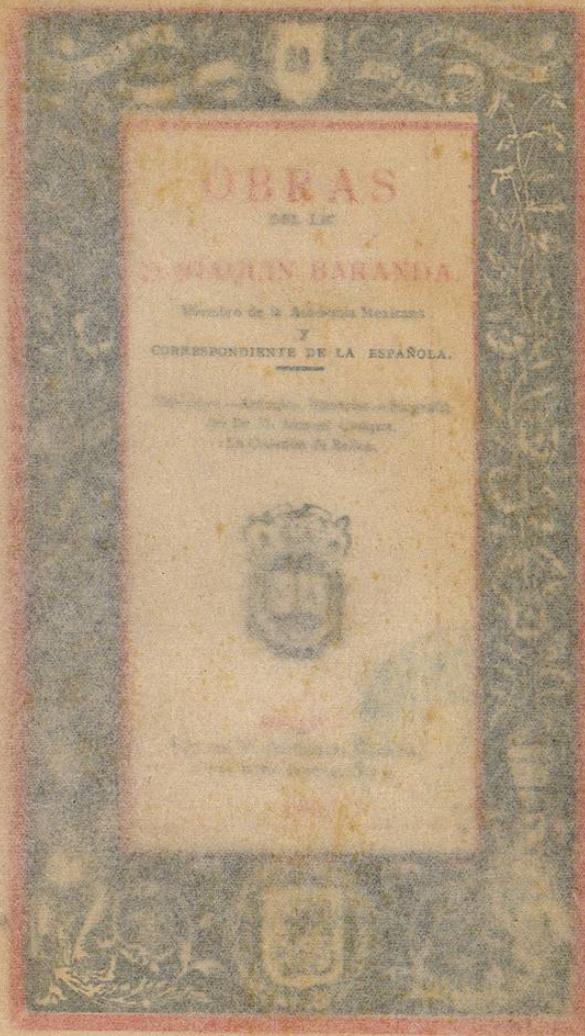
1080013791

18

BIBLIOTECA
DE
AUTORES MEXICANOS



J. Baranda





J. Baranda

BIBLIOTECA DE AUTORES MEXICANOS 29

OBRAS
DEL LIC

D. JOAQUIN BARANDA.

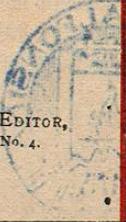
Miembro de la Academia Mexicana
y
CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA.

Discursos.—Artículos literarios.—Biografía
del Dr. D. Manuel Campos.
La Cuestión de Belice.



MÉXICO
IMP DE V. AGÜEROS, EDITOR,
Cerca de Sto. Domingo No. 4.

1900



PQ7297

B3

A19



FONDO HISTORICO
R. CARDO COVARRUBIAS

155951



CARTA PRÓLOGO

Sr. Lic. D. Victoriano Agüeros.

Presente.

S. C., 18 de Enero de 1900.

Estimado amigo:

LA empresa acometida por usted, y ya realizada en parte, de coleccionar obras notables de nuestros ingenios, para formar con ellas escogida Biblioteca, es intento patriótico digno de toda alabanza y acreedor á la gratitud de cuantos cultivamos las letras y tomamos interés por el crédito literario de nuestra patria.

Sólo es de sentirse que algo haya que desluzca ese glorioso monumento que usted erige con rara constancia, pues dando oídos á la voz de la amistad, antes que al dictamen de la crítica, ha resuelto que formen parte de construcción tan admirable, mis humildes escritos, sillares mal labrados que rompen la armonía de las líneas y de las proporciones que se advierten en el conjunto.

Baranda.—A.

El criterio que ha guiado á usted al hacer la selección de los escritores nacionales, cuyas obras tienen cabida en la Biblioteca, está exento de toda pasión; ha creído usted que en las regiones serenas de la ciencia, de la historia y del arte, debe haber completa neutralidad, y ha de callar la vocería destemplada de la política, con tanta más razón, cuanto que han desaparecido de entre nosotros las banderías que antaño nos traían divididos.

Los que en días ya lejanos lucharon á la continua, depuestas hoy las armas, se estrechan las manos en torno del jefe de la nación, y confunden en un solo sentimiento el amor á la patria y la adhesión al finelito guerrero y estadista insigne á quien debe la república su crédito y respetabilidad en el exterior; la paz, la prosperidad y engrandecimiento en el interior. Así es que, ya sea porque los odios políticos se han extinguido; sea también por la índole de la Biblioteca publicada por usted, el caso es que en ella figuran al lado de los nombres inolvidables de García Icazbalceta, de Couto y de Gorostiza, los nombres ilustres de Baranda, Mariscal y Altamirano.

Algunas producciones de D. Joaquín Baranda ocupan el presente tomo, y sobre algunas de ellas deseo decir á usted muy pocas palabras.

Antes de que hubiera yo leído los escritos del distinguido académico, ya me complacía en escucharle, cuando mi buena suerte me deparaba la oportunidad de oír algún discurso suyo dicho con motivo de solemnidades literarias. Mayor ha sido mi deleite al leer ahora esos discursos. Muy detenidamente he saboreado sus cláusulas eufónicas, impecables por su estruc-

tura sintáctica, dechado de pureza y propiedad en el lenguaje; de transparencia, elevación y elegancia en el estilo.

Como habrá usted advertido nuestro autor luce en todos sus escritos erudición nada vulgar y sobre todo oportuna, por la feliz aplicación que de ella hace al asunto de que trata. Para justificar esta observación, basta leer cualquiera de sus producciones.

Las que han visto la luz pública en este libro son discursos académicos; muchos de ellos sobre instrucción pública; panegíricos, así pueden considerarse las alocuciones dichas en honor de Colón y el artículo necrológico sobre D. Joaquín García Icazbalceta; la excelente biografía del Dr. Campos; el elegante prólogo á la colección de sonetos del Dr. Blengio; el luminoso y patriótico informe sobre la cuestión de Belice y la notable pieza jurídica sobre la libre testamentifacción, escrita con el carácter de iniciativa propuesta por el Poder Ejecutivo al Congreso de la Unión.

En esta especie de prólogo no se ha de buscar aquella cohesión de ideas y aquella unidad que naen en el juicio de cualquier libro de la unidad de asunto y de pensamiento. En el presente caso son tantos los asuntos, cuantas son las producciones publicadas, y cada una de ellas pide consideraciones especiales.

El discurso pronunciado al ser inaugurada la Escuela Normal para profesores es digno de encomio por la elevación de sus ideas; por la imparcialidad y serenidad de espíritu con que está escrito, y finalmente por la importancia de las tesis que sustenta el orador al fijar los caracteres que debe tener la

instrucción primaria, la cual ha de ser objetiva para el niño que aprende, y normal para aquel que debe aprender á enseñar.

El ilustre funcionario es acreedor á la simpatía general por su generoso propósito de favorecer la instrucción popular menos protegida en otras épocas, en que se concedía mayor atención á la enseñanza preparatoria y á la profesional, de donde proviene que la riqueza intelectual no estuviera distribuida proporcionalmente entre todos los escolares.

Después de historiar con la brevedad que el caso requería primero lo que ha sido en general la enseñanza primaria, y luego la objetiva y la normal, encarece la necesidad de crear escuelas normales en la Capital y en todos los Estados de la República, para formar maestros idóneos que difundan la luz del saber por todos los ámbitos de la República; y en seguida para poner de resalto la benéfica influencia del maestro en la prosperidad y progreso de las naciones, hace notar que si "la victoria de la Alemania la decidieron las armas en el campo de batalla; los soldados vencedores salieron de las sesenta mil escuelas de instrucción primaria que tenía esa nación con una concurrencia de seis millones de alumnos."

Este discurso, digno de aplauso por la erudición del orador por la solidez de sus razonamientos, las galas del estilo y el celo de apóstol con que promueve la instrucción del niño, termina con estas elocuentes frases: "Señores, al abrir el Señor Presidente las puertas de esta Escuela, abre las del porvenir á la República. Confiemos en que por ellas pasarán nuestros hijos más ilustrados, más libres, más fuer-

tes, más felices que nosotros, confiemos en que realizadas nuestras esperanzas y cumplidos nuestros votos, la escuela primaria será el templo en que se rinda culto al progreso y desde donde se elevará hasta el cielo con los acordes solemnes del órgano, el himno sagrado y conmovedor de la Patria; confiemos en que á la gratitud de la posteridad no bastarán las fechas del 16 de Septiembre de 1810; del 5 Febrero de 1857, del 5 de Mayo de 1862, sino que al calendario glorioso de las fiestas nacionales, agregará una más de gran significación y trascendencia, la del 24 de Febrero de 1887."

También pertenece á la oratoria académica el discurso sobre nuestra poesía dicho por el autor, cuando aun era muy joven. No se muestra en esta ocasión partidario del arte por el arte; cree por el contrario que la poesía desempeña ministerio más alto que deleitar: "El poeta, dice, no es como muchos creen el trovador errante que vaga sin estrella y sin destino. ¡No! Es más alta, más elevada su misión sobre la tierra. El poeta es el que pone entre flores los más áridos principios de moral y de filosofía; el que cantando corrige las costumbres; es el que hace llegar hasta el gran poeta del Calvario los himnos en que se evapora el corazón creyente; el poeta es en fin, como ha dicho César Cantú, el órgano de las naciones, y como la columna de fuego en el desierto, debe caminar delante de los pueblos, para señalar la senda que conduce á la tierra prometida del orden, de la libertad

“y del honor.” El pasaje que acabo de citar coloca al Sr. Baranda en la escuela del poeta venusino, el cual planteó y resolvió esta trascendental cuestión en los siguientes versos que se leen en su conocida epístola á los Pisones:

“Aut prodesse volunt, aut delectare poetæ,
 “Aut simul el jucunda et idonea dicere vitæ.

 “Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci,
 “Lectorem delectando pariterque monendo.”

En la alocución que dijo en elogio de Cristóbal Colón el 12 de Octubre de 1892, narra á grandes rasgos la historia de la navegación hasta la época del descubrimiento; con criterio sereno é ilustrado hace justicia al inmortal genovés, sin atribuirle por esto, conocimientos científicos que los amantes de su gloria habríamos deseado hubiera poseído, anticipándose á nuestra época.

Colocándose á una altura no desusada en el orador, nos dice que “el descubrimiento integró el planeta física y moralmente, que el hombre reconoció al hombre, y los monumentos de las razas aborígenes denunciaron el paso por este continente de las civilizaciones asiria y griega, egipcia y romana.”

Pondera por último la magnitud de la empresa acometida por Colón, sirviéndose de hermosa y simétrica frase, que encierra un pensamiento tan ingenioso como brillante. “Es de extrañar, dice, que la débil flota no haya naufragado al venir por el peso de la empresa que traía; al regresar, por el de la fortuna y gloria que llevaba.”

Algo se relaciona con el discurso anterior el que pronunció al abrir sus sesiones el undécimo Congreso de Americanistas. Al dirigir la palabra el Sr. Baranda á la docta asamblea, hizo el recuento de las cuestiones más trascendentales que ocupan la atención de los sabios consagrados á este linaje de investigaciones, y de las fuentes á que acuden, para disipar las tinieblas que impiden todavía llegar en muchos puntos al conocimiento de la verdad.

En la sesión inaugural celebrada por los cuerpos literarios y científicos de esta Capital convocados por la Academia de Legislación Correspondiente de la Real de Madrid, puso de relieve sus conocimientos en la Ciencia del Derecho, y de ellos dió también gallarda muestra en la nota oficial dirigida al Congreso de la Unión, al presentar la iniciativa del Ejecutivo sobre la ley de la libre testamentifacción.

En otro orden de ideas llamará la atención del lector el Prólogo á los sonetos del Dr. Blengio; que contiene atinados juicios y consideraciones interesantes sobre este género de composiciones poéticas.

El prólogo es un homenaje de admiración tributado á un literato que aún vive; el artículo necrológico que hace poco tiempo dedicó el Sr. Baranda á

nuestro llorado amigo, el Sr. D. Joaquín García Icazbalceta, es tributo también de admiración y de acendrado afecto, rendido al sabio que por nuestro mal desapareció ya de entre los vivos.

Este precioso artículo encierra en reducido cuadro de rica orfebrería un fiel trasunto del insigne académico y escritor eminente, que descendió al sepulcro, circuida la frente de un nimbo de gloria.

Aunque el artículo tiene mucho de biográfico, no es en realidad verdadera biografía, como repetidas veces lo dice el autor; pero en su línea es un trabajo acabado.

Para conocer y valorar lo que puede producir la pluma de nuestro autor en este género de composiciones, es necesario leer la biografía del Dr. Campos.

No obstante la singular estima en que tiene el biógrafo al eminente médico campechano, no se excede en el elogio, ni recurre nunca á la hipérbole. Sencillamente pone á la vista del lector la vida de un sabio que movido por el amor á la humanidad y á la ciencia, pasa sus días dentro de los muros de un hospital, del cual no sale, sino para comunicar en las aulas los conocimientos adquiridos junto al lecho del enfermo, en el libro muchas veces sellado de nuestro complicado organismo.

Mitigar dolores, enjugar lágrimas, devolver la salud, difundir la luz de la ciencia; luchar cuerpo á cuerpo con la muerte, haciendo rostro él solo al terrible cólera asiático, y todo esto practicado con abnegación heroica, es vivir vida de encendida caridad.

Cuando terminamos la lectura de la biografía, co-

nocemos ya al Doctor Campos, tan íntimamente como si hubiéramos cultivado su amistad; y lo amamos y veneramos como á varón insigne por su virtud y por su ciencia; como á bienhechor esclarecido de la humanidad.

Sin la biografía escrita por el Sr. Baranda, el nombre del Doctor Campos habría sido ignorado por los que no fueron sus conterráneos. De hoy en adelante su memoria perdurará en el libro que la inmortaliza.

La biografía es una de las formas de la Historia, cuando la vida que se da á conocer es la de un hombre cuyos hechos se ligan y entretajan con el modo de ser ya político, ya religioso ó bien intelectual de un pueblo. Así la biografía del Sr. Zumárraga es la historia de nuestra patria, durante los primeros años de la Conquista; y así también la biografía del Sr. Campos es la historia de la Medicina y de la Cirugía en el Estado de Campeche, durante un largo lapso de tiempo.

D. Joaquín Baranda ha dado á conocer sus dotes de historiador, no sólo en esta biografía, sino principalmente en el informe que rindió con el carácter de Gobernador de Campeche al C. Ministro de Relaciones, sobre los acontecimientos de Belice.

Este informe, que respira en cada una de sus palabras el más acendrado patriotismo, es un trabajo concienzudo, en el cual con erudición de primera mano, se da á conocer la situación lastimosa de los Estados de Campeche y Yucatán durante la desastrosa guerra de castas. Es también el informe un estudio luminoso de las causas que mantuvieron y alimentaron aquella guerra implacable.

Con este trabajo interesantísimo concluye el tomo de la Biblioteca formado con algunos escritos del Sr. D. Joaquín Baranda.

Al publicarlos usted, señor editor, ha formado una colección de joyas literarias cuyo artífice se muestra en ellas orador, jurisconsulto, historiador, escritor elegante y pensador profundo.

Por este servicio prestado por usted á las letras patrias, no puede menos de encomiarlo y felicitarlo su adicto amigo.

RAFAEL ÁNGEL DE LA PEÑA.



NOTICIA BIOGRAFICA DEL AUTOR.

I



El señor don Pedro Sainz de Baranda, hijo ilustre de Campeche, y la Sra. Doña Joaquina Quijano fueron los padres del Sr. Lic. D. Joaquín Baranda, quien nació en Mérida, capital del Estado de Yucatán, el 7 de Mayo de 1840.

Marino fué el citado Don Pedro, y entre sus hazañas se cuenta la de haber concurrido á la memorable batalla de Trafalgar el 21 de Octubre de 1805, pues á los once años de edad, en 1798, había sido enviado por sus padres á la Academia de Marina del Ferrol, en España, y en 1803 había comenzado su carrera, batiéndose bizarramente como guardia-marino en uno de tantos combates que España sostuvo contra sus enemigos á principios del siglo. En Trafalgar, Don Pedro de Baranda ganó el grado de alférez de fragata, recibiendo tres heridas graves á